

UNA VIDA LLENA DE SORPRESAS

Autobiografía del Hermano Francisco Martín, f.s.c

UNA VIDA LLENA DE SORPRESAS

Mis primeros años.....
El Central Toledo.....
Alumno en el colegio de Marianao – El Hno. Pablo.....
Los vales y los minutos.....
Mi vocación.....
El Noviciado Menor.....
Noviciado Mayor.....
México.....
Escolasticado y colegio de Miramar.....
Colegio de Palatino.....
Colegio del Vedado.....
Internado del colegio de Marianao.....
Encuentro con Fidel Castro.....
Regreso al Vedado.....
Los eventos del 17 de abril de 1961.....
Experiencia en la Cabaña.....
Llegada a Miami y Nicaragua.....
Higüey.....
Matecumbe.....
La Salle de Miami.....
Baltimore.....
Manila.....
Washington.....
Memphis.....
La Rochelle y Guernsey.....
Hnos. Albán José y Benildo Honoré.....
Roma.....
Mi vida en Memphis.....
Mis pinturas en miniatuara.....

Mis primeros años

Nací el 8 de noviembre de 1929 en un pequeño pueblo que rodeaba al Central Narcisa. Su dueño, Mr. George Fowler, era de New Orleans, un señor muy bueno y humilde que venía a tomar café con su hermano a mi casa, no muy lejos de su vivienda.

Mi papá era de un pueblecito llamado Yecla en la provincia de Salamanca, España. Su papá era Juez de Campo y murió en un accidente de caballo. Papá estudió en un colegio de los Jesuitas en Salamanca y un tío suyo, llamado Adrián, que tenía un negocio en Yaguajay (Las Villas) le pidió que fuera a ayudarlo, por eso estaba en Cuba. Mi papá era bueno en administración. Más tarde pasó al Central Narcisa para trabajar en la oficina.

Mi mamá era de Tenerife, Islas Canarias. Sus padres murieron jóvenes y ella emigró a Cuba, a casa de un tío que tenía una tienda en Yaguajay. Ella estudió piano y algo de Pedagogía pues además de dar clases de piano a veces era sustituta en las escuelas. Tenía otro tío en Narcisa que era dueño de una colonia con mucho ganado que lindaba con el mar.



En el central Narcisa, que se puede ver en el fondo

Mi casa en Narcisa estaba frente a un parque y cerca de la estación de ferrocarriles. Un *gasca* pasaba dos veces al día uniendo a Caibarién y Morón. Era algo que nos hacía ir a la estación para ver el *gasca*. Por allí pasaba también el tren que traía caña y se llevaba los sacos de azúcar.

Al lado de mi casa vivía una familia muy interesante. El señor –español- era jefe de mecánicos; su esposa, muy religiosa, rezaba el rosario todos los días, era la madrina de mi hermana. Tenían una hija, María de los Ángeles, que era una belleza. La muchacha trabajó en el *Ten Cents* de La Habana y más tarde contrajo matrimonio con un hombre de muy buena posición. Su hermano, Jorge, estudio ingeniería y fue

uno de los primeros que fundó la ciudad de Brasilia. Él me visitó cuando yo estaba en Miami.

Nos mudamos a Yaguajay y mi papá trabajó para un señor del gobierno como encargado del transporte de la región. De allí iba con frecuencia a otro ingenio, cerca de Cienfuegos, llamado Parque Alto como “consultante”. Mi mamá daba clases de piano en la casa. Yo extrañaba mucho la vida en Narcisa.

En Narcisa y en Yaguajay asistí a escuelitas de un solo maestro que enseñaba a varios niños. Cuando nos mudamos para La Habana estuve con un maestro con pocos niños y por un rato en la escuela pública.

Lo interesante fue que nuestra vecina era Candita Quintana, que era visitada por artistas famosos como Rita Montaner, Garrido y Piñeiro (Chicharito y Sopeira) y otros. Mientras mi papá encontraba una casa estuvimos unos días en el Hotel Almendares que entonces estaba cerrado al público. Una prima de mi papá y su esposo eran los encargados de cuidarlo.

Por fin nos mudamos para el Reparto Buenavista. Por allí pasaban dos líneas de los Ómnibus Aliados -la ruta 4 y la ruta 28- que facilitaban el transporte para La Habana. A tres cuadras estaba el tranvía de “La Playa” que iba de las playas Viriato y Jaimanitas hasta la Bahía de La Habana.

Algunos domingos, con una transferencia, junto con mi mamá y mis hermanas tomábamos una lancha que nos llevaba a Guanabacoa donde teníamos

oportunidad de una vista muy bonita del Morro y la ciudad.

Después de un corto tiempo, mi papá fue contratado por el señor Manuel Aspuru, dueño del Central Toledo, cerca de Marianao para ser administrador del ingenio. Allí fue donde tuve la oportunidad de conocer a los Hermanos De La Salle.

El Central Toledo

El Central Toledo era un pueblo chico para los que trabajaban en el Central a tiempo completo. Tenía solo dos calles, una por donde pasaban los trenes y tráfico en general, la otra era paralela a ésta; en ambas había casas a los dos lados.

Nuestra casa estaba muy cerca de la escuela pública. Por la mañana asistían los varones y por la tarde las hembras. Los dos directores venían con frecuencia a mi casa a pasar un rato y mi mamá les ofrecía café o limonada. Mis hermanas asistieron a esa escuela antes de ir a una escuela de monjas Ursulinas.

La primera vez que oí de los Hermanos fue porque había un muchacho, hijo de un concejal de Marianao que era muy indisciplinado antes de asistir a La Salle y los vecinos comentaban: “los Hermanos lo enderezaron”.

El señor Aspuru hacía regalos por Navidad a las familias y el Día de Reyes a los niños. A mis hermanas les regaló unas muñecas muy lindas, a mí

un juego para hacer magia. Me llevé tremenda desilusión, yo esperaba un guante de baseball.

Los domingos íbamos a misa a la vivienda, allí nos recibía con su familia; era un rato muy agradable.

Llegó el momento de decidir entre Belén y La Salle. Los muchachos de La Salle eran más amistosos y pedí a mis padres ir a La Salle.

Al principio iba en una guagüita del colegio pero pronto fui en una guagua que iba del Central hasta la calle principal, donde estaba el colegio. Tenía que caminar unas tres cuadras.

Alumno en el Colegio de Marianao -El Hno. Pablo

Mi primer curso fue el segundo grado en septiembre de 1939 con el Hno. Pablo (Enrique Pizarro). ¡Qué santo! ¡Qué educador! Para mí fue una revelación.

Su clase era como una familia. Todavía recuerdo algunos nombres: Moisés; Alberto Rodríguez, sobrino de un pelotero profesional, Juan Vistuer, que jugó baseball en los Estados Unidos; Ricardo Méndez, que por un tiempo quiso ser Hermano; Guillermo Bulnes, su papá era dueño de la fábrica de zapatos Bulnes y un muchacho que era de Camagüey, mayor que nosotros y era alumno interno.



La Salle de Marianao a finales de los años 50

El colegio estaba en una quinta con muchos terrenos, árboles y jardines. Cada clase tenía su campo deportivo, la mía tenía un terreno de pelota que en enero lo usábamos para balompié. Además había espacio para *volleyball*.

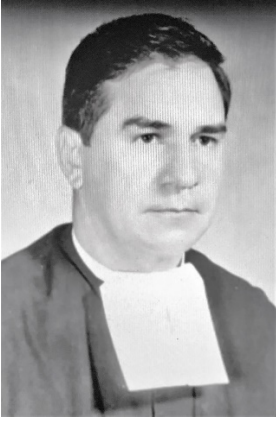
Las clases del Hno. Pablo eran muy buenas; empezaban con una reflexión que era corta y motivadora. La clase más interesante era la de catecismo. El Hermano se esmeraba en prepararla. Teníamos un libro muy bueno que se llamaba *Historia Sagrada* y tenía los episodios más interesantes de la biblia que se leían con mucho gusto; además leíamos *El Libro de las cosas*, sobre objetos que se usan cada día, cómo se originaron y sus usos. Los dos libros eran editados por una librería propiedad de los Hermanos llamada *G. M. Bruño*.

Como profesores seculares estaban Herbert MacEwan, que después dio clases en el Vedado y en el exilio, en Matecumbe, con los niños *Pedro Pan*. En Educación Física el profesor era el famoso Julio Navarro, coach olímpico del equipo cubano de campo y pista. Nos enseñaba el triple salto, el pasar el batón en las carreras de relevo y otras cosas; para un segundo grado eso era extraordinario. Muchos días el Hno. Pablo terminaba la clase leyendo episodios de la persecución de los cristianos en México. Siempre se detenía en la parte más interesante y le decíamos: “Hermano, siga” y nos contestaba: “mañana, si se portan bien”.

Al salir del colegio íbamos por varias cuadras caminando en filas. Había personas que salían de sus casas para vernos pasar de una manera ordenada. Siempre había un Hermano, con su hábito, que era el responsable.

Los vales y los minutos

En ese tiempo los Hermanos tenían un sistema peculiar, *los vales y los minutos*, que últimamente no existe. Cuando un alumno hacía algo bueno, en su conducta o en lo académico, recibía vales que tenían diferentes valores. En el vale estaba escrito un pasaje de la Biblia. En diciembre se recogían y de acuerdo al valor, cada uno podía escoger un regalo. Al fin del curso, daban medallas por los vales. También, algunas veces, con los vales se podía uno liberar de la *detención*.



Hno. Pablo (Enrique Pizarro)

El Hno. Pablo era un artista con eso. De vez en cuando, cuando un compañero no tenía suficientes vales, él pedía si alguien lo pudiera ayudar. Algunos lo hacían y el interesado quedaba muy agradecido, pero con el aviso: “Pórtate bien porque siempre no va a ser así”. Estos gestos promovían una amistad muy grande.

Cuando se entregaban los boletines el Hno. Inspector daba 40 minutos libres si la clase se había comportado bien. Si algún alumno llegaba tarde o era castigado la clase perdía minutos. Al contrario si alguno había hecho algo bueno o si la clase había sido puntual después del recreo, podía ganar minutos. El Hno. Inspector tenía un control admirable sobre esto.

Con 180 minutos uno podía tener la tarde libre; quería decir que en lugar de clase podían jugar o ir a la Polar, que era un parque de recreo. Con 360 minutos tenían el día libre para una excursión. En los grados menores no se daba eso.

Ese sistema era especial para promover el espíritu de equipo; a un compañero que se portaba mal se le decía en buena forma: “tienes que ayudar a conseguir minutos”. El Hno. Pablo administraba eso en forma genial.

El primer verano en La Salle me enfermé de un tífus muy malo, no podía comer alimentos sólidos, me inyectaban en un muslo un líquido que creo sería medicina y alimento. Un doctor de La Habana venía dos veces por semana y un enfermero, que tenía a sus hijos en La Salle me venía a visitar todos los días. El Hno. Pablo me visitó una vez y dejó una experiencia muy buena en mi familia. Me recuperé muy bien.

Quisiera decir algo sobre la *detención* o *la quinta* (como también se le llamaba) en el colegio de Mariano.

Una vez me quedé en la *detención*. Algunos compañeros me dijeron: “Paquitín, en que lío te has metido, el Hermano de la quinta es candela”. Cuando llegué vi a un Hermano pequeño de estatura, joven y muy serio. Se llamaba Ignacio. Nos dio un papel que tenía líneas paralelas y otras perpendiculares; el papel parecía lleno de cuadritos. En la pizarra había un escrito del Evangelio de un solo renglón y debajo una cuenta de multiplicar de cinco cifras arriba y dos abajo. El Hermano nos dijo: “Van a copiar la frase tres veces y van a hacer la multiplicación correctamente; las letras y los números tienen que ser claros. Revisen bien y cuando terminen levanten el brazo”.

Yo pensé: “esto lo hago en menos de cinco minutos, mis compañeros han exagerado”. Cuando terminé, después de revisar varias veces, levanté el brazo y esperé mi turno. Presenté mi papel, el Hermano hizo

un gesto en la cara; me dijo: “La letra capital es muy chica, esa no llega a la línea de abajo y los números de la cuenta no están en los cuadros. Vuelva a hacerlo”.

Eso se repitió por varias veces, siempre con la alguna falta. Después de casi una hora me presenté a la mesa del Hermano pensando: “ya me puedo ir”. El Hermano me dijo: “La línea tiene que ser con regla, el signo de multiplicación tiene que estar dentro del cuadro y la frase no tiene el punto final”.

Me quedé frío, regresé a mi pupitre y seguí sus consejos. Después de llenar el papel por los dos lados entonces pude salir. Pensé: “*este Hermano es un devoto de la perfección*” y aprendí una gran lección.

Mi vocación

En tercer grado tuve la suerte -con mucha alegría- de tener de nuevo al Hno. Pablo como profesor y con casi todos los compañeros del año anterior.

Mi admiración por el Hno. Pablo iba creciendo día a día. En aquellos tiempos los horarios de clases eran especiales, el jueves no había clases; teníamos clases el sábado con una hora de catecismo en la que leíamos el libro de Historia Sagrada y nos comentaban el Evangelio del domingo. La semana se pasaba muy rápido.

En las vacaciones de verano los alumnos tenían libertad de llevar, los jueves, una tarea especial para

ganar una medalla al final del curso. Era una oportunidad para encontrarse con los compañeros y hablar un poco con el Hno. Pablo. En una ocasión, cuando llevábamos la tarea, vimos al Hno. Pablo pintando los pupitres.

Un Hermano llamado Fernando visitó la clase varias veces para hablar de la vida de los Hermanos. Le dije que me interesaba ser Hermano. Me preguntó si había hablado con mi familia, le dije que no y me dijo que debía hablar con ellos.

Mi padre me dijo que “de eso nada”. Mi mamá lo convenció para que me diera permiso.

Hablé con el Hno. Fernando y habló con mi familia. Me dijo que tenía que ir al Noviciado Menor que estaba en una finca cerca de La Habana, que si quería podía ir por unos días para probar. (Si lo hubiera hecho nunca hubiese sido Hermano).

El Noviciado Menor

La ida al Noviciado Menor, en noviembre de 1941, con doce años, fue muy dura. Cuando llegué tenía muchas preguntas y todos me decían: “Shhh!, no se puede hablar”. Pensaba “¿a dónde he llegado?” No sabía que era un día de “retiro”, ¡primera sorpresa de muchas!

La noche... ¡tremenda! con la oscuridad y la soledad... Había que salir afuera para ir al servicio. A la salida del dormitorio había un perro muy grande

que venía rápido hacia mí. Me puse frío, pero no hizo nada. Me acompañó hasta el baño. Cuando terminé siguió conmigo hasta el dormitorio; así lo hacía todas las noches. El problema es que nadie me había hablado del perro.

La primera semana fue muy dura, por eso dije: “si hubiera hecho una visita para probar nunca hubiera sido Hermano”. Lloraba en el cuarto y en la ducha. El Hermano que cuidaba me preguntó: “¿estás llorando?” –“No”, le dije, “es el jabón que me cayó en los ojos”.

Me enteré que mi mamá le iba a dar mi cuarto a una de mis hermanas, pero mi papá le dijo: “no lo hagas, él regresa en una semana”.



Los novicios menores, 1942. Estoy sentado en la extrema derecha

Poco a poco me fui acostumbrando. El Hermano Director, Alfredo Víctor era muy bueno, también todos los otros Hermanos. El *baseball* me hizo

popular. Hacíamos trabajo manual muy duro, aprendí a cortar la hierba *macheteando*.

Tuve muy buenos compañeros que vinieron más tarde: José Ramón Villalón (Hno. Julián), Carlos Plasencia (Hno. Roque) y Agustín Enciso ahora Hermano en la República Dominicana y que por cierto, tenía dos hermanos que fueron pilotos de la R.A.F. durante la Segunda Guerra Mundial. Más tarde, uno de ellos, que trabajaba para *Aerovías Q*, tuvo que llevar a Cuba un refugiado en la embajada cubana de Colombia que había huido del *Bogotazo*, nada menos que Fidel Castro. Tiempo después dijo que si hubiera podido prever el futuro, hubiese saltado en un paracaídas y tirado el avión al mar.



El H. Alfredo Víctor con sus ex novicios menores, entre ellos los HH Agustín, Villalón, Plasencia y un servidor en ocasión de su traslado a Mexico.

Durante el Noviciado Menor no podíamos ir a nuestras casas, teníamos visitas una vez al mes por una tarde. ¡Eso era difícil! En las vacaciones de verano fuimos, una vez al Rangel por un mes y otra al colegio de Sancti Spiritus.

A los tres años me dijeron que tenía que ir al Noviciado Mayor un año antes de lo acostumbrado. Lo bueno fue que me acompañaron José Ramón y Enciso.

Antes de ir, un Hermano, Manuel Calvo, que era muy buen atleta me dijo: “Paquitín, en el Noviciado no se hacen deportes. ¡No más baseball! ¿Crees que lo podrás soportar?” Le respondí: “¿Usted lo pudo soportar?” Me dijo: “Fue duro, pero lo hice.” Le dije: “Voy a tratar”.

Noviciado Mayor

El Noviciado estaba en Guanabacoa, ciudad al otro lado de la bahía de La Habana. Éramos doce en total. Entre ellos Osvaldo Morales (Hno. Alfredo Joaquín, *el Pinky*), que había terminado Farmacia con el primer expediente, ganando una beca para estudiar en los Estados Unidos.

El Noviciado tenía un programa de tres meses de *Postulantado* en preparación para la *Toma de Hábito*. Empecé el Postulantado en agosto y tomé el hábito en octubre de 1945. El Noviciado era muy estricto, estudiábamos la historia del Instituto de los Hermanos, la *Regla* del Hermano y un curso especial de francés. Varios abandonaron el programa.

Muy pronto tuve una dificultad. Cuando escribíamos a la familia una vez al mes, escribí “tú” a mi papá. La *Regla* decía que no se podía tutear. Las cartas eran leídas por el Director que me dijo: “tiene que decirle

‘usted’ a su papá”. Le respondí que eso me iba a traer un grave problema con él.

En efecto, en su respuesta me escribió: “unas semanas en el Noviciado y no me conoces”. Por más de un año no me habló. El Director me dijo: “ese es el precio que hay que pagar”. Para tomar agua teníamos que pedir permiso; no era fácil con el calor.

Una vez el Hermano Director nos dijo: “vamos a construir un terreno de *volleyball*”, esto en una lomita que había en la propiedad. Nos pusimos muy contentos y trabajamos por un mes sacando arena de un arroyo en el lugar, la llevábamos en carretillas y la aplastábamos con una pala. Finalmente, un domingo por la tarde en que íbamos a estrenar el terreno, el Hermano Director se presentó con una pelota de *basketball*. Asombrados le dijimos: “Esa no es la pelota”. Nos contestó: “el Hermano Luis me dio ésta”. Más tarde el Hno. Luis, encargado de los deportes del colegio del Vedado, me dijo que le había dado una bola de *volleyball* “nueva de paquete”. Esa era una manera de probarnos.

Otra gran sorpresa nos esperaba. Nuestro Director, el Hno. Justino fue nombrado Visitador del Distrito y tuvimos que terminar el Noviciado en México. Estuvimos esperando la visa por más de tres meses. Por fin pudimos salir de Cuba el 20 de noviembre de 1946. Tuvimos que pedir permiso a nuestros padres ¡que no fue fácil!

México

Llegamos a México solo seis de los novicios. Entre ellos José R. Villalón, Osvaldo y Agustín Enciso. Era el 20 de noviembre y por la altura de la ciudad, hacía frío. El programa era distinto, el trabajo manual era más fácil, excursiones de medio día, juego de balompié los domingos; los nuevos compañeros muy amistosos.



De izq. a derecha, un servidor, H. Agustín Enciso, H. Albán José, H. José Ramón Villalón y H. Emilio Quirós.

Por la altitud tuve problemas, me dolía mucho el pecho. El Hno. Director, Luciano, pensaba que estaba exagerando. El dolor siguió aumentando; el Hno. Subdirector, Gregorio, que me conocía de Cuba, me llevó al médico que después de examinarme me admitió en el hospital; tenía una lesión en la válvula mitral. Estuve dos semanas con cuidados. Al salir me dio un programa: tenía que

dormir más y evitar ejercicios físicos violentos. El Hno. Director no hizo caso, al contrario, me dijo que tenía que recuperar el tiempo perdido.

En unos días sentí movimientos involuntarios, inclusive al hablar. Me llevaron al médico que dijo que era el principio del *Mal de San Vito*, una enfermedad de los nervios. Me pusieron en un cuarto oscuro, alimentos líquidos y muchas pastillas.

No me mejoraba. Recibí la visita del Hno. Roque que había ido a México a visitar a su familia. Me preguntó si el Hno. Visitador sabía de mi estado. Le dije que no estaba seguro. Él se comunicó con el Visitador y unos días después me llevaron al aeropuerto con el Hno. Osvaldo y un Hermano Superior mexicano. El empleado del aeropuerto, al ver mi estado, llamó a su jefe que dijo que él no se podía hacer responsable de mi viaje. Hizo firmar un documento al Hno. Superior y así pude salir para Cuba en marzo de 1947 acompañado por el Hno. Osvaldo.

Al llegar me llevaron inmediatamente al Dr. Grana, conocido de los Hermanos y que vivía cerca del colegio del Vedado. Me examinó y vio que las medicinas que tenía eran calmantes; me dio varias prescripciones y me mandó al colegio donde había un cuarto para Hermanos enfermos.

Poco a poco me fui sintiendo mejor. Cuando ya estaba bien, el Hno. Director del colegio me dio varios empleos; entre ellos me encargó de la máquina

de refrescos y la de las golosinas –que fueron las primeras en llegar a Cuba.

Estuve en el colegio hasta el verano cuando me mandaron a la finca Nuestra Señora de Lourdes donde estaba el Noviciado Menor y muy pronto se abriría el Escolasticado. Al que entré en junio de 1948.

Escolasticado y colegio de Miramar

El Escolasticado era un programa después del noviciado donde terminábamos los estudios de bachillerato y estudiábamos cursos de Teología. El 30 de diciembre tomábamos un examen que venía de la Casa Generalicia en Roma. Algo que seguía aun cuando estábamos enseñando en los colegios, hasta terminar con tres diplomas. Ya eso no existe.

Tuvimos como Director del Escolasticado al Hno. Adolfo Víctor, gran religioso y un sabio matemático. Como profesor era increíble, sus conferencias dominicales eran muy interesantes, además era muy humano; pedía que alimentaran bien a los Hermanos jóvenes, no quería que estudiáramos después del almuerzo dando tiempo a la digestión. A veces, cuando nos veía cansados me decía: “¿No van a “fonguear” hoy?”

Después de un año en el programa recibí otra sorpresa. El Hno. Visitador necesitaba un Hermano para enseñar en el colegio de Miramar y me escogió a mí. Di primer grado, tenía 54 alumnos; los niños

eran muy buenos y las familias ayudaban mucho, también dos profesores me ayudaban. En diciembre ya todos sabían leer (menos uno), además de leer aprendieron a multiplicar y dividir.

Los Hermanos de la Comunidad eran buenísimos, me ayudaron mucho, y de los alumnos... todavía conservo comunicación con varios de ellos.

Tengo una anécdota simpática. Reemplacé al Hno. Rafael cuando lo enviaron a México. Uno de los alumnos me preguntó: “¿Usted juega tan bien al *baseball* como el Hno. Rafael?” Le contesté: “Tengo un secreto, juego mejor que él... no se lo digas a nadie”. Varios días después me dijo: *es verdad*. Ese alumno es hoy un ingeniero en Connecticut.



Colegio de Miramar, 1949, con mi clase de primer grado

Cuando terminé el curso regresé al Escolasticado; estuve allí un año más. De allí me enviaron al colegio de Palatino que era algo especial.

Colegio de Palatino

El señor Abreu lo había construido para los hijos de los obreros de una fábrica que tenía. La familia cubría todos los gastos. Todos los alumnos eran del barrio donde había construido edificios para viviendas, tiendas, barberías, bancos, consultas de médicos, inclusive había una terminal de los Ómnibus Aliados. Y algo genial; las familias pagaban 19 pesos al mes de alquiler y después de 15 años, la casa les pertenecía.



Colegio de Palatino

Los alumnos eran responsables de limpiar la clase. Varios de ellos ganaron becas para ir al Vedado y a la Academia.

La capilla del colegio servía de iglesia los domingos. Había un terreno muy grande con dos campos de baseball donde los vecinos podían jugar. El colegio contaba con dos profesores de educación física, uno de ellos Orlando Salóm, un gran coach, después estuvo en el colegio del Vedado hasta que los Hermanos salieron de Cuba y ayudó mucho durante el tiempo que los comunistas tomaron el poder. Durante mi estancia en Palatino tuve permiso para jugar en las novenas de los alumnos y antiguos alumnos, pero con sotana. Una vez salió un artículo diciendo: *“hay un monaguillo que juega muy bien el short stop”*.



Pitcheando en un juego con los alumnos

En otra ocasión la terminal de ómnibus necesitaba un pitcher y me invitaron. El papá de Cookie Rojas tenía un team y jugamos varias veces contra ellos. Cookie llegó a ser *all star* en la Liga Nacional y en la Americana. Cuando él estaba de manager del equipo de los Marlins de la Florida nos vimos en Memphis y me reconoció: “¿usted era el cura que pitcheaba contra nosotros? -El mismo”, le contesté.

Colegio del Vedado

En agosto de 1953 me destinaron al colegio del Vedado para dar clases de *Ingreso*. Acepté con mucho miedo pues el *Ingreso* era muy difícil. Si el alumno tenía 5 faltas de Ortografía en un dictado inicial era suspendido, inclusive si en resto del examen tenía faltas de ortografía era eliminado. Un ejemplo de una frase del dictado: “*El aya halla a la niña en la ciudad de la Haya*”. Los otros dos profesores eran Ángel del Cerro y el profesor Sánchez que tenían mucha experiencia enseñando Ingreso.

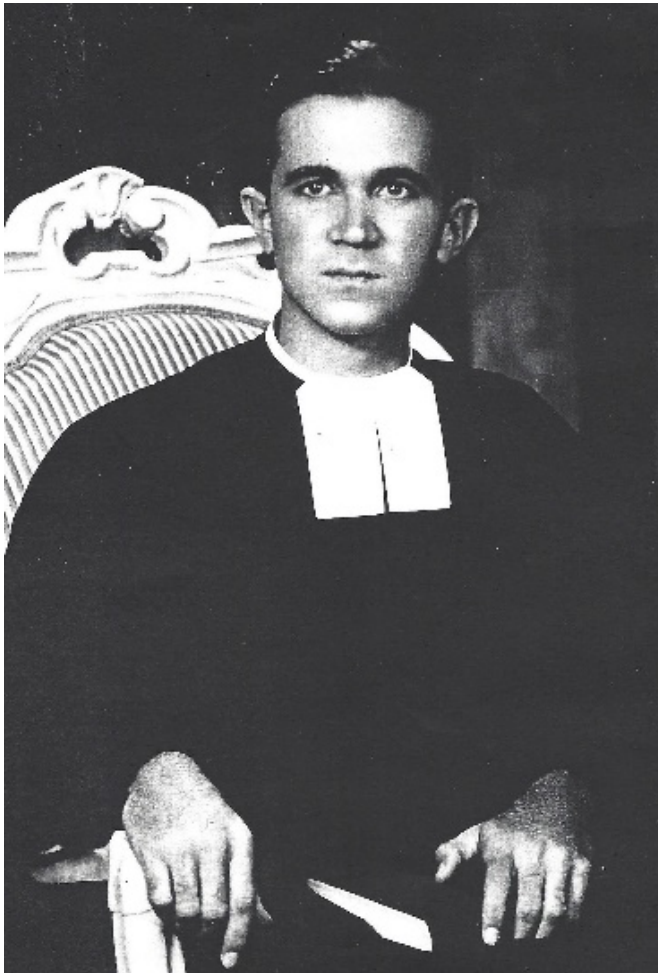


Foto en ocasión de mi profesión perpetua a los 25 años

Consulté con el Hno. Benildo Honoré (*Media Luna*) que me dio muchos consejos; era un educador extraordinario; me dio mucha confianza y en los dos años que enseñé *Ingreso* no me suspendieron ningún

estudiante. De Ingreso me ordenaron dar Primer Año de Bachillerato en enero de 1956.

Tremenda sorpresa. Estaba enseñando en mi clase un viernes por la mañana cuando el Hno. Visitador con el Director vinieron a hablarme. Pensé enseguida que algo había pasado a mi familia. Me calmaron y el Hermano Visitador me dijo: “Sé que está muy contento aquí, pero necesito que se encargue del internado de Marianao”. Le respondí: “¿A mi edad? -Creo que lo va a hacer muy bien”, me dijo. Pregunté: “¿Cuándo va a ser eso? -Salimos en una hora. -¿Y quién se va a encargar de mi clase? -El Hno. Director ahora, y dele lo necesario al Hno. Fidel de Marianao que el lunes se va a encargar de su clase”.

Internado del Colegio de Marianao

En Marianao pregunté a los internos mayores cuál era el problema y traté de solucionarlos con nuevas directivas:

-Les pedí que eligieran tres representantes para que escogieran el menú que a ellos les gustaba.

-Querían discos de música popular. Les di el permiso.

-Pedí a un profesor que los acompañara al cine los domingos (antes tenían que ver películas de muñequitos de Walt Disney, de Rintintín, etc.

-Si me enseñaban un permiso de sus padres podían fumar en un lugar indicado y no debían dar cigarrillos a los menores.

Todo se arregló. Hubo un cambio muy bueno.

Todo este tiempo, desde Palatino hasta ese momento, estaba estudiando mi Doctorado en la Universidad de Villanueva los sábados por las mañanas y los tres meses de verano.

En agosto de 1958 me asignaron a la escuela gratuita de Santa María del Rosario.

En diciembre necesitaban un representante del Distrito para ir al Segundo Noviciado de *Dos Caminos* en Caracas, Venezuela y me escogieron a mí. Estuve allí hasta marzo de 1959.

Cuando regresé, los comunistas estaban en el poder. Me hicieron muchas preguntas en el aeropuerto.

Encuentro con Fidel Castro

Cuando estaba en la escuela de Santa María del Rosario en 1959, hicimos una colecta de semillas para la Reforma Agraria. Acompañado de un Hermano y dos alumnos fuimos a la revista Bohemia, donde los estaban recibiendo. Cuando la secretaria vio el estuche muy bien arreglado me dijo: “Esto le va a gustar a Fidel, ¿usted lo quiere ver? –Sí, pero ¿dónde?” (en ese tiempo todos estábamos engañados). Me dijo: “él está aquí”. Llamó por teléfono y dos milicianos se me acercaron. Les pregunté si el Hermano y los alumnos me podían acompañar y me respondieron que no, que yo solo.

Al llegar a la puerta me registraron la sotana; al entrar, Fidel Castro estaba hablando por teléfono, hizo un gesto de saludo que pensé era hacia los milicianos, pero no, era para mí. Dejó el teléfono a un lado y me dijo:

-¿Es Hermano De La Salle?

-Sí, le respondí.

-Usted sabrá que fui alumno De La Salle en Santiago.

-Sí, le dije, conozco a dos Hermanos que estaban allí con usted.

-¿Quiénes son? Me preguntó.

-El Hermano Fernando y el Hermano Enrique.

Entonces dijo al que estaba del otro lado del teléfono:

-Te llamo más tarde y se acercó a mí; me preguntó cómo estaban los Hermanos, que los recordaba muy bien.

-¿Qué le trae por aquí?

-Soy director de una escuela gratuita e hicimos esta colecta de semillas para la Reforma Agraria.

Le gustó mucho y me preguntó: ¿Cómo lo puedo ayudar?

Le respondí que queríamos hacer una escuela agraria.

Me dio su tarjeta y me dijo que lo llamara para ver cómo podía ayudar.

Como ven, parecía muy amistoso, pero verán como nos pagó: presos en La Cabaña.

Regreso al Vedado

Continúe en la dirección de la escuela de Santa María. Al terminar el curso, el Hno. Emilio Quirós, nuevo Director del colegio del Vedado, necesitaba

alguien de Inspector del Kindergarten y los tres primeros grados y me escogieron a mí.

Como ven, mi vida de Hermano está llena de sorpresas. Me han dicho que las sorpresas son la voluntad de Dios.

De Inspector tenía que hacer muchas cosas menos enseñar. Cuidaba los recreos, sustituía a profesores ausentes, cuidaba las guaguas...

En una ocasión la mamá de un alumno quería verme durante la vigilancia de los patios después del almuerzo. Cándido, nuestro fiel portero, le dijo que yo estaba ocupado cuidando los alumnos hasta que llegaran los profesores pero ella insistió y fue a verme. Yo tenía en el patio a más de 100 alumnos jugando; les llamaba la atención con un silbato.

La señora se acercó, le dije que me esperara en el recibidor; trató de hablarme pero estaba ocupado, no le pude prestar atención y se fue enojada. Al día siguiente, a la misma hora, un señor vino a verme, era el esposo de la señora. Me observó por un rato, se acercó y me pidió disculpas por la actitud de su esposa.

Algo interesante me pasó en ese tiempo. Unos cinco años atrás, mi papá estaba enfermo en una clínica de las tantas que había en Cuba. Una enfermera vino rápidamente al cuarto donde estaba con mi papá. Había una señora con dificultades para dar a luz y me pidió que la acompañara pensando que yo era un

sacerdote. Le dije que solamente podía rezar con ella. Llegué al cuarto de la señora, rezamos juntos y traté de consolarla.

Años más tarde, cuando era inspector, una señora me dijo: “Usted no se acordará de mí, yo fui la que tenía problemas para dar a luz y usted me ayudó con sus oraciones; acabo de inscribir mi niño en el Kindergarten”. Me sentí muy feliz.

Pronto comenzaron los problemas con los comunistas. A veces venían a provocar a los estudiantes mayores. En una ocasión, durante la celebración de un aniversario de la Juventud Católica, los obispos con el cardenal y centenares de personas estaban en la capilla del colegio De La Salle del Vedado y los milicianos rodearon el colegio, poncharon las gomas de los autos y no permitían salir a nadie hasta que se pudo normalizar la situación.

Los eventos del 17 de abril de 1961

Yo tenía cierta experiencia con la persecución religiosa de cuando estuve en México. Allá, cuando una avioneta o un helicóptero pasaban bajito, teníamos que entrar en el edificio. Si un mecánico o electricista venía a la propiedad no se podía usar la sotana para que no tuvieran evidencia. Según la ley, podían cerrar el noviciado.

El 17 de abril fue un lunes, el sábado anterior un avión bombardeó el cuartel militar de Columbia. El domingo y el lunes había muchos rumores. Muy

pocos alumnos vinieron al colegio y después las familias vinieron a recogerlos.

A las 3:00 pm debía llevar a los Hermanos franceses a la embajada. Un poco antes de salir oímos ruido alrededor del colegio, eran los milicianos que subían por la cerca y entraban en el colegio. Le dije a los Hermanos que pusieran sus cosas en sus cuartos. Los milicianos iban llevando a los Hermanos al recibidor. Cándido, el portero, estaba de lo más nervioso y preocupado. Los profesores se habían ido a sus casas. Una vez que todos los Hermanos estábamos en el recibidor nos ordenaron uno a uno a quitarnos la sotana que tiraban en un rincón.

Dos cosas simpáticas pasaron cuando nos registraron; casi todos teníamos 25 pesos que nos habían dado en caso que tuviéramos que escondernos en casas de familias que nos habían asignado. Un miliciano dijo: “parece que un cura se sacó la lotería y repartió el dinero”. Un Hermano tenía puesta una camisa y un pantalón nuevos y otro miliciano dijo: “este cura iba a ir a una fiesta”.

El Hno. Pedro, que estaba encargado de la librería y objetos escolares no tenía nada debajo de la sotana porque iba a darse una ducha cuando lo llamaron. Me lo dijo y hablé con una miliciana: Sara, que estaba impresionada por la conducta de los Hermanos y se portó muy bien con nosotros. Le dije que el Hermano tenía que tomar una medicina; ella habló con el teniente y permitió que dos milicianos, Sara y yo acompañáramos al Hermano hasta su cuarto. Los

milicianos entraron primero, después el Hno. Pedro que se puso la ropa.

El Hno. Pedro era, además, el encargado de entregar a los Hermanos jabón, pasta de dientes, desodorantes, etc. Los domingos le entregábamos un papel con la lista de nuestras necesidades. Por esa razón, el Hermano tenía en su cuarto una cierta cantidad de esos productos. Al día siguiente un miliciano le dijo al teniente que el Hermano tenía una maleta llena de jabones, pasta de dientes y otras cosas para el aseo. El teniente nos dijo que seguramente el Hermano estaba listo para irse con esa carga. Yo, con todo respeto le dije: “Pregúntele a los dos milicianos y a Sara, que entraron al cuarto del Hermano si había una maleta con esas cosas y además, el Hermano no tendría fuerza suficiente para cargar esa maleta”.

El teniente se dio cuenta que uno de ellos había dicho eso para acusar al Hermano y les dijo: “no quiero que inventen nada, ya estos curas tienen muchos problemas”. Nos pusieron en el cuarto de la enfermería donde había solo una cama que la ocupó un Hermano francés que tenía problemas con el corazón. Un doctor lo vino a ver y recomendó que lo llevaran a un hospital. El teniente no hizo caso.



Capilla del colegio del Vedado

El domingo siguiente nos llevaron a la capilla. En el altar habían puesto un televisor y tuvimos que oír un largo discurso de Fidel Castro.

Junto a los Hermanos franceses estábamos el Hno. Isaac -que daba clases en primaria- y los Hermanos Emilio, que era el director; Miguel, el Prefecto y

Víctor, Dagoberto, Alejandro y un servidor, que éramos Inspectores, todos cubanos. A los Hermanos que daban clases de bachillerato les dijeron que se escondieran con familias. Cuando nos preguntaron por ellos les dijimos que habían ido a un picnic y que –seguramente- cuando vieron el colegio rodeado de milicianos se habrían ido a otra parte. Nunca más preguntaron por ellos.

Ese domingo, al atardecer, nos pusieron en una guagua del colegio y nos dijeron que nos iban a llevar al centro de la ciudad y de ahí podríamos ir a otra parte. Nos dieron una vuelta por el centro hasta que cayó la noche. Un alumno en motocicleta siguió la guagua hasta que se introdujo en el túnel de la bahía y nos llevaron a La Cabaña. Tuvimos que caminar unas tres cuadras entre milicianos que nos insultaban.

Experiencia en la Cabaña

Antes de salir del colegio el Hno. Víctor –para evitar una profanación- había sacado del sagrario las hostias con la ayuda de Sara. Había un prisionero que quería hacer la primera comunión y en el grupo había un sacerdote de incógnito que lo confesó. Después de darnos la comunión el Hermano había reservado una hostia y, con ella el prisionero hizo la comunión.

La Cabaña tenía doce galeras. Nos pusieron en una donde estaban los presos más peligrosos. Allí estuvieron los famosos pilotos que fueron fusilados. Tremenda sorpresa nos llevamos al ver que allí

estaban muchos antiguos alumnos. Ellos nos aconsejaron de no hablar con personas desconocidas ya que el gobierno infiltraba espías cada vez que llegaba un grupo nuevo de presos. En efecto, en la guagua había varias personas que no conocíamos y decían que ellos habían cometido crímenes contra el gobierno y nos preguntaban qué habíamos hecho nosotros para que nos llevaran presos.

La galera donde estábamos era para 40 personas, 20 camas dobles (una arriba, otra abajo), dos servicios y dos duchas. Allí pusieron más de 200 personas. Una situación terrible. Teníamos que comprar el agua a los milicianos y cuando se acababa la comida nos decían: “ustedes son los primeros en la próxima”. Dormíamos en el suelo escuchando los discursos de Fidel Castro toda la noche.

Una noche nos llevaron a un cuarto y nos tomaron fotos con un letrero que decía: *Contrarrevolucionario* y debajo: *15 años*.

Por las noches, la mayoría rezábamos el Rosario. Después de unos días nos llamaron a los Hermanos y nos dejaron en libertad. Salimos de La Cabaña y había dos taxis, el Hno. Emilio les dijo que si nos llevaban a la casa de los capellanes del colegio ellos les pagarían.

Así lo hicimos. De allí, los que tenían familias para esconderse se fueron. Yo fui a la casa del Sr. Santo Tomás, un abogado que tenía tres hijos en la Primaria

del colegio. Pasé con ellos dos días. Los muchachos me llamaban tío para evitar sospechas de la sirvienta.

La noche del 30 de abril el Hno. Visitador me ordenó ir al colegio a pesar de mis protestas de que algo iba a ocurrir el 1 de mayo. La familia sabía, “de buena fuente” que se iba a nacionalizar la educación. En el colegio volvimos a caer prisioneros, esta vez con la oportunidad de poder dormir y comer. Después de varias semanas nos permitieron salir para Miami. Allí nos enteramos que pudimos salir de La Cabaña porque el embajador francés pidió la libertad de los Hermanos franceses para evitar una crisis consular.



El 25 de mayo, después de muchos problemas llegamos a Miami.

Quienes pagaron por el viaje fueron los Hermanos de New York. La familia Scopetta ayudó con la reserva de los pasajes. Ellos habían sido los fundadores de la escuela gratuita de Manzanillo.

Llegada a Miami y Nicaragua

Estando en el aeropuerto de Miami recibimos la visita del Hno. Asistente (de Roma) que nos dio *las obediencias* para ir a los lugares donde se nos enviaba. A mí me mandaron a Honduras y antes de salir me cambiaron a Nicaragua, para el Colegio Pedagógico de Managua donde estaba también el Hno. Bertino José.

Los Hermanos españoles en Centroamérica eran muy estrictos. Di dos clases de Literatura Universal y oyendo al Hermano encargado de deportes hablar con el Director acerca de que necesitaban un coach de *baseball* les dije que yo sabía un poco de *baseball*. En el momento me dijeron que yo era el coach. Ellos no sabían nada del deporte.

Eso fue una bendición porque me daban algo que me gustaba, me dio oportunidad de practicar. El team era muy bueno y los desafíos en ciudades diferentes. En el primer juego que vieron los Hermanos españoles uno de ellos vino a verme para decirme que los *files* estaban muy lejos. Le dije que después le iba a explicar.

Ganamos el campeonato nacional con derecho a ir a Costa Rica a defender el campeonato de Centroamérica. Allí, en lugar de jugar contra un equipo escolar jugamos contra el equipo nacional. Perdimos solo por dos carreras.

En el colegio hicimos un evento de tres días para coleccionar fondos para sacar niños de Cuba por los niños de la *Operación Pedro Pan*. Sacamos el dinero

necesario para sacar unos 200 niños y un sacerdote que tenía la visa pero no el dinero. Mandamos el dinero a los Hermanos cubanos que ya habían fundado el colegio de Miami.

De Nicaragua el Hno. Osvaldo (que era el Visitador) me envió a la República Dominicana. Me dijo que el Hermano Visitador español me había escogido para abrir un colegio en Antigua, Guatemala y que me perdería por varios años. El H. Osvaldo entonces me envió a Santiago de los Caballeros como encargado de los alumnos internos.

Pero el Hermano Director tenía otro plan, me dio dos clases y además manejar una guagüita que buscaba y llevaba a los alumnos a sus casas; cuatro viajes al día.

Higüey

Un día durante una visita del Nuncio Apostólico, el Hno. Osvaldo me presentó como el fundador y primer Director de la escuela en Higüey. ¡Tremenda sorpresa! yo no sabía de la existencia de Higüey.

El Nuncio nos dijo que ya había un edificio para la escuela. La escuela pública iba a cerrar y nosotros la podíamos usar.

En agosto del '63 el Hno. Osvaldo me ordenó ir a Higüey para hablar con el obispo. Yo iba con la intención de quedarme pero el obispo me dijo que la nueva escuela pública estaba en construcción y no había planes de cerrar la antigua.

Con una persona muy allegada al obispo salimos por el pueblo para ver si había algún lugar para nuestra escuela. Vimos un edificio cerrado; me dijo que era el antiguo club con una sala para bailes; le pidió la llave al responsable que vivía al lado. Nos pareció que podríamos arreglar la sala para tener cuatro clases. Con pupitres usados del colegio de la capital pudimos hacerlo.



Primera comunidad de Higüey. De izquierda a derecha, un servidor, el obispo Pepén, Hnos. Antonio, Bertino, Pablo, Pancorbo y Osvaldo

Por unos días me alojé en la residencia del obispo mientras buscaba una casa para la comunidad de tres Hermanos. Encontramos un apartamento para una sola persona; tenía un solo cuarto, una sala y dos espacios que utilizamos como cuartos para los Hermanos. La sala fue el comedor, que usábamos también como sala de la comunidad y para preparar clases y revisar las tareas. Teníamos un baño y una cocina. Contratamos a una señora que nos cocinaba y lavaba nuestra ropa. El obispo nos pagaba el equivalente de 250 dólares con lo que pagábamos el apartamento, la luz, el agua y a la señora. Higüey tenía un problema de energía. A las tres de la tarde

cortaban la electricidad y había que ahorrar el agua en la bañera y en cubos.

La casa estaba a cinco cuadras de la escuela y al principio, los vecinos salían de sus casas a vernos pasar con nuestra extraña sotana. El pueblo tendría entonces unos 3,000 habitantes. En una casa vivía un comunista y a veces hacía comentarios nada halagadores. Los muchachos que iban con nosotros le respondían: “ustedes hablan pero no hacen nada por nosotros”.

Había niños tan pobres que no podían venir a la escuela porque tenían que trabajar por sus padres, entre ellos muchos haitianos. Se buscaban su dinerito como limpiabotas y se me ocurrió hacer un *Club de Limpiabotas*; les compraba el material que necesitaban en gran cantidad y se los vendía a precio más barato.

Una anécdota.

Años más tarde visité Higüey y un profesor de la escuela me preguntó si yo había sido el fundador del *Club de Limpiabotas*, le dije que sí y me dijo que dos personas me querían ver. Una de ellas vino vestido de un traje negro muy elegante y me dijo: “Yo era uno de los limpiabotas, vamos a tomar un café. Ahora trabajo en el gobierno de la ciudad, una hija está terminando la universidad y la otra es traductora en Punta Cana. Hay otro señor que fue limpiabotas y lo quiere ver, él trabaja también en el gobierno. Usted nos ayudó mucho en Higüey. Ahora la ciudad tiene

cerca de 300,000 habitantes por estar cerca de Punta Cana”.

Cuando limpiabotas estaban libres podían venir a la escuela y después de clases yo les enseñaba lectura, escritura y números. Les prestaba algunos equipos de deportes que me habían regalado los miembros del *Peace Corps* a quienes ayudé cuando llegaron al pueblo.

En un terreno de *baseball* jugábamos los sábados. Dos de esos muchachos llegaron a jugar en las Ligas Menores de los EEUU. Me dijeron que si yo hubiera seguido allí, Higüey se hubiera convertido en un centro de jugadores de las Grandes Ligas. Era uno de los lugares con equipo adecuado.

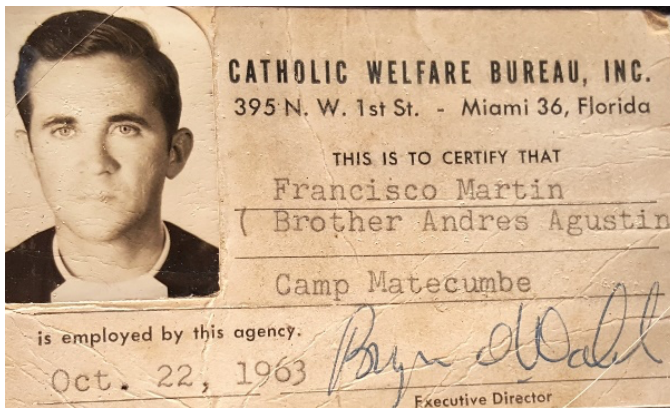
Un domingo, cuando estaba preparando las clases llegó un señor a caballo vestido de pelotero. Me dijo que necesitaba un pelotero para jugar tercera base, pregunté a los Hermanos que pensaban y me dijeron que fuera. El otro equipo me permitió que jugara sin uniforme. La primera vez que fui al bate conecté un doble, el *shortstop*, con la pelota en el guante, me dijo que tenía que arreglar la base, yo con el pie en la base llamé al umpire y pedí *time out*; el *shortstop* me dijo: “usted ha jugado mucho...” (para los que no saben, ese es un truco para hacer un *out* fácil; el corredor no puede dejar de tocar la base).

Por desgracia me enfermé de disentería antes del fin de curso. Me recomendaron ir a Puerto Rico donde había un médico cubano especialista en

enfermedades digestivas que me aconsejó ir a los Estados Unidos. El Hno. Osvaldo me mandó a Miami, estuve unos días en la comunidad del colegio y de allí me mandaron a *Matecumbe* que era el campamento donde estaban los niños de *Pedro Pan*. En ese lugar, a unas 35 millas de Miami y cerca de los *Everglades* los Hermanos se habían encargado de la educación y el funcionamiento diario del campamento.

Matecumbe

Había un sacerdote que le gustaba la música clásica y parece que por su salud no estaba muy activo. La oficina le compraba los discos y él se pasaba el día oyendo esa música. Los Hermanos se dieron cuenta que algunos muchachos no asistían a clase y enseguida establecieron un sistema, *o van a clase o tienen que trabajar*. Le dijeron al encargado de la limpieza que le iban a mandar a los muchachos que no asistían a clases y le sugirieron que les diera los trabajos más duros.



Mi identificación como empleado del Catholic Welfare Bureau

Después de unos días los muchachos fueron regresando a clase poco a poco. El cambio fue radical, los instructores en el campamento admiraban la labor de los Hermanos. Tan grande fue el cambio que la oficina central envió un empleado a tomar asistencia por varios días.

Los Hermanos vivíamos en una casa dividida en dos. En una vivía el sacerdote con habitación, baño, cocina y una sala. Del otro lado vivíamos cinco Hermanos, sin baño ni ducha; teníamos que ir afuera para usar el baño y la ducha. Comíamos con los muchachos y esa era una ocasión para mostrarles buenas maneras y poder tener con ellos una conversación amistosa. Los fines de semana, como no había clases hacíamos diferentes actividades; a veces íbamos a la playa o al cine.

Además de las clases estábamos ocupados en acompañar a los muchachos en otras actividades. Los

muchachos nos consideraban como su familia; estábamos con ellos todo el tiempo. Los Hermanos no teníamos día libre ni vacaciones. En una ocasión un empleado de la oficina central les dijo que a él le hubiera gustado estar con ellos durante las Navidades. Un muchacho, en alta voz le dijo: “Ahorre sus palabras, los que de verdad nos quieren y están con nosotros todo el tiempo son los Hermanos”.

Varios de nuestros muchachos, al llegar a los 18 años se alistaron en el ejército. El militar encargado nos confesó emocionado: “En este momento en que algunos americanos queman banderas, estos jóvenes están orgullosos de defender nuestro país”.

De vez en cuando algunos familiares de nuestros muchachos lograban escapar de Cuba en lanchas hechas con pedazos de madera; al llegar, la alegría era general. En una ocasión pasó algo muy triste, un muchacho esperaba a su mamá pero la tía vino a decirle que los comunistas la habían detenido. Fue un momento de gran tristeza para todos.

Un día un empleado de la oficina central, que era veterano del ejército y gran admirador de los Hermanos nos dijo que había comentarios de que iban a cerrar el campamento. Hablamos con el Hno. Osvaldo, que era el Visitador, y fue a ver al obispo. Éste le dijo que no, que si algún campamento se cerraba, Matecumbe sería el último. Unas semanas más tarde vino la orden de trasladar a los muchachos a otro campamento porque había otros planes para la

propiedad. El Hno. Visitador envió a los Hermanos a República Dominicana y a mí a La Salle de Miami.

La Salle de Miami

Llegué allí en 1964. Al principio fue muy duro por la falta de inglés. Pasaba mucha pena por no poder entender las conversaciones. Cuando empezaron las clases me dieron las clases de español.

El Hermano encargado puso en la clase alumnos que hablaban español junto con los americanos. Lo fui a ver para decirle que no era posible tener los muchachos hispanos junto con los americanos. Me dijo que ese era mi problema. Por suerte había una clase vacía al lado; separe a los alumnos hispanos en esa clase y les daba tareas a realizar con unos libros que el Hno. Fernando (el Chaval) me había mandado.

Al semestre siguiente separamos a los estudiantes. A los hispanos les enseñaba Español y a los americanos Spanish. Como los hispanos eran en su mayoría cubanos, con la gramática les enseñé algo de historia y geografía de Cuba. Les gustaba mucho.

Después de clase ayudaba al coach de *baseball* en las prácticas. En el segundo año fundamos el *Club de Español*. Algunos americanos estaban en ese club. En general los alumnos cubanos eran de familias bien educadas. Los Hermanos americanos estaban admirados. Ellos tenían la experiencia que los jóvenes de habla hispana tenían poca educación, les explique que los cubanos habían salido de Cuba no

por necesidad sino por la persecución. En general los dos grupos se llevaban muy bien.

Muchos de los cubanos trabajaban después de las clases y tenían costumbre de estudiar y hacer las tareas. Algunos habían estado en los colegios de los Hermanos en Cuba.

Muy pronto el colegio ganó premios como la *Mejor Memoria Escolar* y el *Mejor Periódico Escolar*". El *Miami Herald* cada año hacía un concurso escrito: el "*Herald Knight*". La Salle de Miami fue el primer colegio privado en ganar ese premio.

El colegio tenía shows de teatro, de coral, del Club de Español. Las muchachas del colegio -en la misma propiedad- pertenecían al Club de Español. Una vez el Club presentó un show de 50 muchachas tocando canciones españolas en guitarras. Un tiempo más tarde las dos escuelas se unieron, fue una de las primeras instituciones en hacerlo. En mi opinión sirvió para mejorar en lo académico.

En los deportes La Salle se distinguió en *baseball*, *basketball* e inclusive *football* americano. En una ocasión La Salle ganó el campeonato de campo y pista contra una escuela pública muy popular en ese deporte, todo se decidió en la última carrera de relevo.

Varios estudiantes del colegio De La Salle también se alistaron en el ejército. Uno de ellos murió en combate en Vietnam.

La Salle era una escuela diocesana y había un sacerdote encargado de su administración, el primero fue el mejor, su nombre era Brubaker. Nos confesó que no sabía mucho de administración de escuelas. Nos dijo: “lo que ustedes decidan, yo lo apruebo. Si algún estudiante necesita ayuda para pagar la mensualidad, puedo ayudar”. Los otros sacerdotes que vinieron después tampoco sabían mucho de escuelas. Hubo uno que antes de encargarse del colegio era buen amigo de los Hermanos, pero cuando estuvo como administrador sintió que los alumnos apreciaban más a los Hermanos que a él y tomó decisiones erróneas.

En 1974 el obispo visitó al Hno. Director para decirle que unos doctores de Suramérica iban a seguir cursos en la Universidad de Miami y se iban a alojar con los Hermanos. El Hermano le preguntó si el Hermano Visitador había sido informado y el obispo le dijo que el responsable era el sacerdote administrador. El Hermano Visitador vino a hablar con el obispo quien le dijo que había habido un malentendido y que los doctores irían a otro lugar. Unos días después, alguien de la diócesis preguntó si los cuartos estaban preparados. “¿Preparados para qué?” respondió el Hermano. “Para los doctores...” respondieron de la diócesis. El Hermano llamó al Hermano Visitador quien ordenó a los Hermanos ir a la comunidad de Baltimore.

Baltimore

En Baltimore me asignaron al Calvert Hall College High School. Allí enseñé español y me encargaron del team de natación. Había una piscina olímpica (50 mts.) con dos trampolines. Acompañaba al equipo para las competencias. El team ganó el campeonato ese año.

Me asombré del material educativo que tenía en clase, proyector, grabadora..., en Miami había uno o dos para todo el colegio. Las familias eran adineradas, el colegio tenía –como en Miami- muy buena reputación académica y deportiva.

Manila

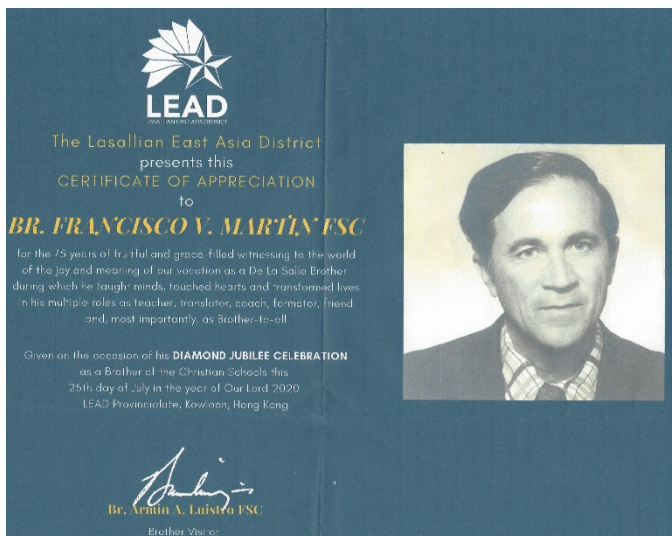
Al final del curso me apunté como voluntario para ir a Filipinas, cosa que no le agradó al Hno. Director del high school. Me escogieron advirtiéndome que tenía que pasar allí 4 años.

Pude pasar dos semanas con mi mamá en San Francisco antes de partir a mi nueva misión.

Connigo en el avión iban otros dos Hermanos, Bob Schieler, hoy Superior General y “Irish” Tom, que estuvo conmigo en Miami. Hicimos escalas en Hawái, Japón y Hong Kong antes de llegar a Manila.

Me llamó la atención que en Manila había mucha gente caminando por la calle y pregunté al Hermano que nos recibió si había alguna manifestación, me dijo que eso era normal. Al Hermano Bob y a mí nos enviaron a Green Hill y el Hno. Tom fue a Bacolod.

En las vacaciones de verano el Hermano Presidente de la Universidad pidió al Provincial que se dieran clases de español en la universidad. Me designaron y fue una buena experiencia para mí; iba en guagua cada día.



Certificado que me enviaron desde Filipinas por mis 75 años de Hermano De La Salle

Los sábados visitaba la prisión en *jeepness*, un carro de golf con 12 asientos. El Hermano que lo hacía estaba de vacaciones y después se retiró. Los prisioneros me preguntaban mi opinión sobre el lugar y les dije que comparado con las prisiones en Cuba ellos vivían en el Hilton. Les dije que estuve preso en Cuba, que éramos 200 hombres en un lugar para 40, durmiendo en el piso y dos baños. Ellos tenían televisión, recibían visitas, podían hacer deportes, comunicarse con abogados, etc. Mi trabajo era hablar con ellos y tratar de responder a sus preguntas.

Al final del verano me asignaron a la universidad como Profesor Titular de Español y Director del Laboratorio de Lenguas Francés y Español. También trabajé en el Departamento de Educación Física enseñando tenis y con algunos estudiantes fundamos un team de tenis compitiendo a veces con otros teams.

Cuando el Hermano Provincial trató de conseguirme una visa en el Departamento de Estado de Filipinas me dijo algo curioso, que yo tenía todos los estudios del doctorado en Filosofía y Letras y que había terminado mi tesis pero que la universidad donde yo había estudiado (Villanueva) estaba cerrada y mi consejero en prisión. Recibí la visa porque en mi *curriculum vitae* aparecía ‘Coach de Baseball’ y en Filipinas había muy pocos. En una ocasión practiqué con el equipo nacional como pitcher y el coach me dijo que estaba muy honrado de jugar con un cubano.

En Filipinas todas las universidades tenían que enseñar 21 horas de español en ese tiempo. Muchos profesores tenían problemas con la traducción y el uso del español. La enseñanza consistía en muchos lugares de memorización de diálogos; era muy aburrido. Algunas universidades querían conocer mi método y me invitaron a dar una demostración en un salón de actos donde había decenas de profesores y personal del Departamento de Educación.

Pedí que pusieran en el escenario una pizarra y unos 16 estudiantes de diferentes universidades con su

primer nombre en el pecho. Nombré mi clase *La Pizarra es mi traductor*. Pinté en la pizarra una casa y dije: “ésta es una casa”. Escribí casa y dije: “la casa tiene ventanas” y lo mismo hice con la puerta, el techo, las paredes, el jardín, etc. Los estudiantes tenían que escribir en un papel. Les hacía preguntas que en general contestaban bien. Pinté un barco y les dije: “el barco es una transportación en el agua”. Lo mismo hice con un avión, un auto, etc. Les gustó mi presentación y meses más tarde me dieron un cuadro de excelencia en la enseñanza de español.

Los filipinos son muy buenos artistas y en las tareas yo ponía cosas que se complementaban; por ejemplo ojos y lentes, un vaso y agua, un lápiz y papel, etc. Ellos hicieron pinturas excelentes que más tarde usé cuando enseñé en Memphis.

Después de siete años pedí permiso para regresar a Estados Unidos porque mi mamá estaba mal de salud. Me asignaron a St. John’s en Washington, DC.

Washington

El colegio de St. John’s fue mi peor experiencia como Hermano Profesor. Tenía muy buena fama antes, cuando como escuela militar, los Hermanos habían hecho una labor grandiosa. Pero ese año 1982 fue horrible. Pregunté a los Hermanos qué pasaba. Me dijeron que desde unos cursos atrás habían venido de las escuelas públicas muchos estudiantes y la disciplina no era buena.

El Hno. Director no se daba cuenta de lo que pasaba pues estaba aislado en su oficina y el señor encargado de la disciplina vivía en otro mundo. En las oportunidades que lo fui a ver estaba en su despacho, muchas veces hablando de *basketball* por teléfono.

En los primeros días del curso hubo una reunión en el gimnasio para dar la bienvenida a los *freshmen* y estaban allí también los *sophmores*. Quien dirigía la reunión era el encargado de la disciplina. Hizo una pregunta increíble: “¿Quiénes de ustedes *sophomores* perdieron algo el curso pasado?” Muchos levantaron la mano. Dijo entonces: “Dejen la mano en alto si creen que fue un compañero el que hizo eso”. Varios dejaron la mano arriba. Me quedé frío. No solo por el resultado sino por la manera de dar la bienvenida a los nuevos estudiantes.

Caminando por el pasillo en varias ocasiones vi a estudiantes sentados en el aparato de calefacción. Les decía que si no estaban en clase tenían que estar en la biblioteca. Unas veces hacían como si pelearan con sables; y después de comer se levantaban de la mesa y dejaban los platos sucios encima.

En una ocasión la mamá de un estudiante me vino a ver con el Hno. Prefecto. Su hijo se quejaba que yo “la tenía cogida con él”. Él estaba en la clase de francés y varias veces lo mandé a la *detención* por mal comportamiento. Sus notas eran malas porque no completaba las tareas ni prestaba atención en la clase. La mamá le puso una profesora para que lo ayudara y yo tenía que llamar a la profesora para

darle la tarea. Una semana después llamé a la profesora y me dijo: “él no vino ayer”; así pasó varias veces, el estudiante no iba más. En el examen final le envié una nota a la mamá con copia al Hno. Prefecto advirtiéndole que el estudiante tenía que sacar más de 80 puntos para aprobar el curso.

Yo había separado los pupitres para evitar copias. Él se sentó al lado de un buen estudiante; me di cuenta y le puse el pupitre bien lejos. Una media hora después se levantó y quiso salir de la clase con el examen. Lo llamé, se lo pedí y me lo dio de mala gana, había respondido muy pocas preguntas. Fui a ver al Hno. Prefecto con el examen. El estudiante tuvo que venir al curso de verano.

Fue la primera y única vez que pedí cambio de colegio.

En esos días vino el Hermano Presidente de la CBU (Christian Brothers University) de Memphis, Tennessee. Durante la comida me dijo que necesitaba un profesor de español y francés. Hablé con el Hermano Visitador y me dio permiso para ir. Vi los cielos abiertos.

Memphis

Llegué en agosto de 1983. Me dieron a enseñar las clases de español y francés. Las clases eran pequeñas, los estudiantes muy buenos. Como había muchos viviendo en la universidad se me hizo fácil comunicarme con ellos. Participé en sus juegos de *volleyball* en arena y de *softball*. Era el único

Hermano que lo hacía y les agradaba. Comía con ellos el almuerzo y me hacían muchas preguntas acerca de mi vida en Cuba.

Habíamos unos 15 Hermanos en la Comunidad, todos activos en la enseñanza menos uno que se ocupaba de la piscina y trabajos de reparaciones. Fundé el Laboratorio de Lenguas y lo hice mi oficina para ayudar a los que venían a usarlo.

El director de deportes me pidió que me encargara del equipo femenino de tenis. Practicábamos después de clases y a veces los sábados. Teníamos solo una beca de tenis que repartimos entre algunas jóvenes. Jugamos contra universidades protestantes que tenían muchas becas, sin embargo hicimos bastante bien. El segundo año quedamos en segundo lugar en el campeonato final y me dieron el trofeo de Coach del Año.

Mientras, las clases de español se hicieron muy populares y aumentaron el número de alumnos por clase. Me dejaron solamente como profesor de español.

En ese tiempo tuve la idea de comunicarme con colegios en España y Francia para traer grupos de estudiantes que vinieran a estudiar inglés en Memphis y busqué familias que los alojaran los fines de semana. Algunos de mis estudiantes pudieron ir a España y alojarse con familias, eso les ayudo a practicar el español. Fue una buena experiencia para los estudiantes y las familias.

La Rochelle y Guernsey

Un Hermano de la comunidad recibió una invitación para ir a Francia a ayudar en los campamentos de



verano, que son muy populares allí. Él no quiso aceptar y me lo dijo. Pasé dos meses en uno de esos campamentos y después, durante nueve veranos estuve

yendo a Francia y enseñándoles baseball. En La Rochelle tenían algún conocimiento del juego y un terreno donde jugar. Fue un éxito.



Por cuatro veranos visité la isla de Guernsey donde los Hermanos tenían una propiedad que usaron durante los años que no podían enseñar en Francia. Allí, además de la escuela tenían las *Casas de Formación* (Noviciados). Ahora las usaban para los cursos de verano del idioma inglés. Por las mañanas me

encargaba del Laboratorio de Lenguas y por las tardes organizaba los deportes. Una de esas actividades fue el *baseball*; otra, juegos con un objeto maravilloso llamado *aerobie flying ring*,

(vuela como un *frisbee* pero es como un anillo plano). Después lo utilicé en escuelas primarias.

De los alumnos que vinieron a Guernsey hay dos que hoy son maestras de inglés en Francia. Ellas visitaron CBU y vivieron allí con familias.

Hermanos Albán José y Benildo Honoré

En mis viajes de verano a Francia aproveché para visitar a algunos Hermanos franceses que estuvieron en Cuba y aun vivían. Fui al colegio donde se suponía estaba el Hno. Albán José pero no estaba, su salud se había deteriorado y estaba en una comunidad de Hermanos retirados. Me enseñaron los sillones que había fabricado –a él le gustaba la carpintería-. Además enseñó francés a niños árabes. Lo visité en la casa de retiro y se puso muy contento.

Después fui a la ciudad de Cavaillon, famosa por los melones. Allí estaba el Hno. Benildo Honoré (*Media Luna*) de Director. Por cierto, él estaba en la Casa Provincial en Miramar cuando los milicianos, a media noche, lo sacaron en pijamas y lo llevaron al buque Covadonga con 130 otros religiosos, sacerdotes y monjas y lo expulsaron de Cuba en septiembre de 1961. Él fue voluntario a África donde contrajo una enfermedad de los ojos. Los Hermanos me dijeron que en dos años había hecho más que todos los directores antes que él. Les dije lo que había hecho en el Vedado: las clases nuevas, el nuevo salón de actos, el planetario, el terreno del Biltmore,

la finca del Cacahual, nuevos servicios y bebederos con agua fría en el patio del colegio.



Hermano Benildo Honoré
(Media Luna)

Algo interesante. Cuando lo trasladaron del Vedado a la Academia me pidió que lo llevara. Le pregunté la hora y estuve allí unos minutos antes. El salió de su cuarto con una sotana en la mano y una *jabita*. Le dije que iba a sacar la maleta y me respondió que era lo único que tenía. ¡Esto, después de 40 años de profesor, prefecto y director!

Y hablando de los cuartos de los Hermanos.... Teníamos una cama, una mesa con lámpara y un closet en la pared. El cuarto del Hermano Director era lo mismo. Cuando los milicianos llegaron al colegio no podían creer que el cuarto del director fuera igual a los otros. Habían tenido una experiencia distinta en otros lugares.

Volviendo a los Hermanos en el exilio en Francia. Varios alumnos los visitaron y los Hermanos franceses me decían: “nuestros alumnos no nos visitan y estos Hermanos son visitados por alumnos extranjeros”. (José Solares visitó al Hno. Benildo; el Hermano me lo dijo emocionado).



Con varios de mis alumnos de cuando enseñé Ingreso y Primer Año de Bachillerato en 1952 y 1953 en el colegio del Vedado. Foto en Miami de julio de 2005 durante la celebración del centenario de la llegada de los Hermanos a Cuba.

Roma

Estando en la CBU tuve una gran sorpresa. Para el Capítulo General de Roma en el 2,000 me escogieron como traductor del inglés y francés al español en traducción simultánea. Del francés al español es más fácil porque usamos el sujeto antes; del inglés era más difícil pues dejan el sujeto al final. Oyes todos los adjetivos esperando por el sujeto.

En 2007 me asignaron de nuevo como traductor durante el Capítulo General. Fue tremenda experiencia el poder conocer lo que hacen los Hermanos en el mundo en diferentes trabajos de educación, especialmente en las misiones. Hablé con el Hermano Secretario General y le sugerí que escribiera a algunas asociaciones solicitando ayuda para esos trabajos. Nosotros los Hermanos somos muy humildes, no damos a conocer nuestras misiones en el mundo de los pobres.

En Memphis, a principios de los años 2000, recibimos alumnos de los colegios De La Salle del distrito Norte de México por un mes para practicar el inglés. Ellos vivían en los dormitorios de la universidad. El uso de las facilidades -que no eran usadas durante el verano- fue una experiencia muy buena para la universidad. Para mí una oportunidad de estar activo en cosas que me gustaban y podía hacer el bien.

Por cierto, el High School De La Salle de Memphis fue el primero en matricular a un estudiante de la raza negra. El gobernador e incluso el obispo pidieron que lo rechazaran pero el Hno. Director Terence Mac Laughlin, que todavía vive, dijo que en el examen de admisión él no vio el color sino la nota. Ese estudiante fue el primero en todas las clases de secundaria e inclusive, el primer expediente en CBU (Christian Brothers University). Hoy en día es una persona muy importante en la ciudad; una calle lleva su nombre.

En CBU un 40% de los estudiantes era y son protestantes. Ellos han apreciado inmensamente la educación de los Hermanos. La oración *Recordemos que estamos en la santa presencia de Dios* y sobre todo *Viva Jesús en nuestros corazones* les gustaba mucho. Los pastores protestantes podían venir al college a hablar a los estudiantes. Fue mi primera experiencia con estudiantes protestantes.

Cuando nuestro equipo de tenis jugaba contra universidades protestantes, las jugadoras eran nuestros mejores embajadores cuando respondían a las preguntas curiosas de las protestantes acerca de los Hermanos.

En varias ocasiones fui invitado a ayudar a una profesora de francés en un colegio protestante. Con mi experiencia de vivir con los comunistas y de vivir en otros países pude decir a los alumnos lo dichosos que eran de vivir en los Estados Unidos. Uno de mis temas era: “si ustedes quieren descubrir a los Estados Unidos, viajen al extranjero:”.

Ese colegio me dio tremenda sorpresa cuando en su revista trimestral publicaron un artículo con mi foto y un escrito muy interesante; me di cuenta entonces que la estudiante que me hizo muchas preguntas era la autora del artículo y la editora de la revista.

En mi tiempo libre, en Memphis, di clases en escuelas primarias de la diócesis, especialmente las que operaban con el nombre De La Salle, donde algunos de nuestros estudiantes eran voluntarios. En algunas de esas escuelas enseñé caligrafía y pintura. Un Hermano, Iggy Brown, de nuestra comunidad tenía un grupo de jóvenes universitarios que por un semestre enseñaban en las escuelas católicas. Ese grupo se llamaba LANCE (Lasallian Avanzados Nuevos Católicos Educadores)

Esos jóvenes después de un semestre podían hacer la Maestría gratis en CBU. Vivían en comunidad y al menos una vez a la semana tenían una reunión y cena con los Hermanos. Muchas veces hacían preguntas sobre cómo enseñar. Algunos de ellos después de su experiencia se convertían en maestros porque de esa manera podían cambiar vidas.

En la universidad, cuando los estudiantes hacían algo bien o algo bueno, les hacía tarjetas con un dibujo y su primer nombre. Las tarjetas tenían un imán en la parte de atrás.

Con permiso de la administración establecí una costumbre que creo todavía se conserva que es invitar a grupos de estudiantes a cenar con la Comunidad. Esa actividad ayudó mucho a los estudiantes a conocer mejor a los Hermanos. Hice tarjetas con los nombres de los Hermanos y los estudiantes y cada uno se las ponía en el pecho.

Le sugerí al presidente de la universidad que estableciera una beca para los estudiantes de nuestras escuelas en Latinoamérica en honor al Hno. Álvaro Rodríguez, primer Superior General latinoamericano. Vinieron muchos estudiantes de Costa Rica, Panamá, México, Colombia, Puerto Rico, Chile...

La matrícula era gratis, ellos solo tenían que pagar la residencia en la universidad o fuera. Yo trabajaba con ellos; era su chofer cuando lo necesitaban, los

llevaba o recogía en el aeropuerto y a algunos les facilité encontrar trabajo.

Ese fue mi trabajo por 32 años. Más de los que pasé en mi querida patria, Cuba.



Por desgracia, en 2015 tuve un accidente de auto; me rompí dos costillas, una penetró en un pulmón que se llenó de líquido y se

me hizo difícil la respiración y caminar.

Los superiores me enviaron a esta residencia de Hermanos retirados con problemas de salud. Aquí estoy desde 2015. Es un poco duro después de una vida de mucha actividad, pero aprovecho para rezar por mis antiguos alumnos y sus familias.

Gracias a Dios, me puedo comunicar con ellos, con mi familia y mis amistades por Internet.

Mis pinturas en miniatura

Me entretengo haciendo pinturas miniaturas en conchas. Nunca me imaginé que podía hacer esas pinturas.

Cuando estuve en La Salle de Miami estaba encargado del Club de Español y no tenía nada especial que ofrecer a los miembros del Club. En la propiedad había muchas piedras blancas y se me

ocurrió pintar algunas y les gustó mucho. Me quedé sorprendido.



Ofreciendo mis conchas por una donación para los Hermanos en Cuba

Después de eso pinté conchas que encontraba en la playa. Lo mismo hice en los veranos que pasé en Francia, en los campamentos de lengua inglesa que estaban al lado del mar. Cuando los muchachos terminaban el curso les daba una tarjeta con una pintura y su primer nombre en caligrafía y con un imán detrás como recuerdo. Se hizo muy popular.

En la universidad de los Hermanos en Memphis hice lo mismo con *tag names* para las reuniones.

Los sábados trabajé como voluntario en el museo de niños de Memphis cuyo director era un antiguo alumno y exalcalde de la ciudad. Yo tenía una mesa en la entrada, les preguntaba su primer nombre y lo escribía en las tarjetas ya preparadas con pinturas.



Aquí en la residencia, la señora encargada de las actividades envió algunas de las conchas pintadas al *County Fair* y por sorpresa me dieron dos primeros premios en diferentes categorías. Eso se repitió varios años. El director me dijo que “había puesto el nombre de La Salle Hall en el mapa”. He regalado algunas pinturas al museo local que tiene un departamento para niños.

Dios les bendiga.

Hno. Andrés Agustín
a.k.a Br. Francisco Martín
a.k.a.Paquitín